

# Monturiol y su "Ictineo"

● Por Rómulo Horcajada ●

Acabamos de leer que en los últimos días ha sido probado por primera vez el submarino atómico «Skypjack», en forma de tiburón y velocidades hasta ahora no igualadas por ningún sumergible.

La noticia nos viene de perlas para recordar que hogaño, precisamente, España celebra el centenario de la primera prueba del «Ictineo», realizada por su autor, el 23 de septiembre de 1859, en aguas de Barcelona. Así, el intento del primer buque submarino —no por malogrado menos glorioso— se debe a nuestro compatriota Narciso Monturiol, hombre de agitada juventud, que como otros muchos fué víctima de la desidia oficial que caracterizaba su época, cuando se prestaba mayor atención a las combinaciones de la política, que a patrocinar proyectos de alto interés nacional.

Narciso Monturiol, nacido en Figueras el 29 de septiembre de 1819, estudió leyes en Cervera, Barcelona y Madrid, pero el ejercicio de la abogacía no le enamoraba tanto como las aventuras políticas, y se lanzó a peligrosas actividades, ya que, seducido por las teorías comunistas del francés Esteban Cabet, no dudó en adherirse a la secta que éste organizara en París con el sibilino título de «Nueva Icaria». Más tarde, Monturiol se une a unos cuantos amigos de igual ideología y funda un periódico, «El Padre de Familia», que hubo de ser denunciado y contrariedad no desanima al fogoso figurante, que se decide a participar en el movimiento sedicioso de 1848 contra el Gobierno del general Narváez, cuyas consecuencias no pasaron de intontona, pues la sobrada entereza del duque de Valencia, robustecida por los poderes dictatoriales que las Cortes le otorgaron, fué suficiente para sofocar los subversivos planes de los progresistas y demás compañeros de viaje.

Y Narciso estuvo en un tris de caer en manos de la policía, pero pudo refugiarse en Francia, viviendo algún tiempo en Agen y Perpiñán. La obligada estancia en el vecino país, donde sufriera mil calamidades, hizo sentar la cabeza al que habría de emplearla en cosas de mayor provecho, y comenzó por aprender el oficio de cajista de imprenta que, como al honrado Julián de «La Verbena de la Paloma», le diera «cuatro pesetas», con las que el catalán logró el diario sustento, hasta que, pacificados los ánimos en nuestra patria, vuelve a tierras de Gerona y fija su residencia en Cadaqués.

El envidiable sosiego que ofrece este rincón de la Costa Brava influyó mucho en despejar del todo la fiebre revolucionaria que padecía Monturiol, y ahora se embelesa

con las conversaciones de la gente marinera, que le regala los oídos con fantásticos relatos de la pesca del coral. Desde entonces, las profundidades submarinas constituyen la obsesión de Narciso, que comienza los proyectos del «Ictineo» y redacta la Memoria que recoge todas sus impresiones sobre el invento del sumergible, cuya prueba inicial —en la fecha indicada—, con asistencia de las autoridades de la Ciudad Condal, se convierte en verdadero éxito.

A principios de 1860, se conoce la segunda Memoria, y España entera habla de Narciso Monturiol y su «Ictineo». Tal revuelo produce la invención, que O'Donnell, a la sazón presidente del Consejo de Ministros, acude a Barcelona para presenciar la segunda prueba del submarino, y el duque de Tetuán, encantado, felicita al inventor. Todos se las prometen muy felices, habida cuenta de que Monturiol es invitado a realizar una prueba más, ante los titulares de las carteras de Marina y Fomento, en el puerto de Alicante, todo ello aderezado con el ofrecimiento de una Comisión especial que colaboraría en la industrialización del invento. El ensayo en el litoral valenciano, en marzo de 1861, constituyó un nuevo triunfo para Monturiol, pero es ahora cuando empieza a sufrir la amargura de la burocrática lentitud en hacer realidad la ansiada ayuda económica. Sin embargo, los españoles continúan con su misma fe en el naciente submarino, y una comisión de admiradores abre una suscripción pública con el fin de poder construir un «Ictineo» de 1.200 toneladas. Por aquellos días, el Ayuntamiento de Figueras nombra hijo predilecto a Narciso Monturiol, quien cree llegado el momento del paso definitivo, y se dirige a Madrid, donde ya parece olvidado, pues importan mucho más las martingalas de los partidos en pugna, que el prestigio del nombre de España.

El decepcionado inventor regresa a Barcelona, en febrero de 1862, y es cuando se funda la «Monturiol, Font, Altadill y Compañía», con un capital aproximado de dos millones de pesetas, que permite la construcción del segundo «Ictineo». Pero la euforia de años pasados va transformándose, en general indiferencia, Narciso ya no es quien era, y el submarino español se hunde en el fondo de la ingratitud colectiva, terriblemente más tenebroso que las entrañas del océano.

Como desagravio, el Gabinete ofreció el cargo de director de la Fábrica del Sello al hombre que se desvió por dotar a su patria de un valioso instrumento en las rutas del mar, y que hubo de aceptar el empleo para hacer frente a la crítica situación que atravesaba. Después, Monturiol obtiene un acta de diputado a Cortes, pero también se ve abandonado en el campo de la politiquería, ilusión de sus años mozos.

Cansado de tanto luchar, viene a Barcelona y consigue colocación en un modesto despacho comercial, que le permite pasar el resto de sus días hasta que el 6 de septiembre de 1885 falleciera en San Martín de Provensals.

Antes de cerrar estas líneas, queremos dedicar un recuerdo al barcelonés Francisco Salvá Campillo, que ya expuso un proyecto de barco-pez en el siglo XVIII, y al cartagenero Isaac Peral, continuador de la obra de Monturiol a fines del XIX. Son tres nombres de España que, al hablar de submarinos, nadie debe olvidar.



## DETECTIVES

Pza. Dr. Letamedí, 3,  
1.ª, 2.ª Tel. 21 10 28  
BARCELONA

## ¡POR FIN SEÑORA!

Faldas plisado permanente (Tergal) modelos exclusivos.

Plisado Nylón lavable para Can-Can, Cortinas, Visillos, etc.

CASA ESPECIALIZADA CORED  
Muntaner, 113. Tda. - Tel. 30 28 37